

7. ¿Por qué hay pánico en las calles?

Las encuestas muestran que más de una quinta parte de los habitantes de las principales ciudades de Norteamérica se sienten «muy inseguros», incluso en sus propios vecindarios, cuando salen de noche. Las mujeres y los ancianos son los que más temores abrigan. Más de la mitad del total de las mujeres estadounidenses afirman tener miedo a salir a la calle solas después de anochecer. Los ciudadanos de más edad temen salir de casa durante el día. La gente se siente insegura hasta en su propia casa: en una tercera parte de los hogares estadounidenses hay armas de fuego para protegerse de los intrusos.

Las víctimas de delitos violentos, como atracos o violaciones, sufren pesadillas, fobias incontrolables y arrebatos histéricos de llanto durante mucho tiempo después del suceso. Incluso un simple caso de robo en una casa sin que el ladrón se enfrente a la víctima puede dejar a ésta en un estado de *shock*. De repente, uno se siente expuesto y vulnerable. El hecho de que un extraño penetre por la fuerza en el santuario del propio hogar y se lleve las posesiones personales crea un sentimiento de impotencia y aflicción desproporcionado con el valor de las propiedades o la cantidad de dinero robados.

Las estadísticas no pueden medir el impacto del delito violento en nuestras vidas. Nadie sabe cuántas personas se han

mudado a zonas residenciales de los suburbios con el fin primordial de huir de vecindarios azotados por la delincuencia. Y resulta imposible enumerar todas las cosas que hacemos a diario para protegernos de atracadores, violadores y otros criminales. Esta extrema sensibilidad ante la amenaza de ataque se convierte en una fuerte carga psicológica y física. Por ejemplo, no hay más que pensar en todos los cerrojos y pestillos de seguridad con los que hay que trajinar cada día, las mirillas por las que hay que mirar, los espejos y monitores de televisión en vestíbulos y ascensores en los que hay que fijarse. Piénsese con qué frecuencia nos preocupamos de nuestras carteras en lugares atestados de gente y con qué fuerza agarran las mujeres el bolso cuando van de compras. Si hay que atravesar en coche ciertos barrios, siempre se lleva echado el seguro y las ventanillas subidas. Nos pasamos la vida firmando en controles de seguridad, enseñando fotos o tarjetas de identidad y buscando la llave apropiada en el llavero. Para ir de un lugar a otro hay que dar grandes rodeos porque siempre topamos con puertas atrancadas, verjas con el candado echado y pasadizos cerrados. Intentamos aparcar en zonas concurridas y bien iluminadas. Salimos a toda prisa al finalizar las películas y espectáculos. Y cuando tenemos que caminar por una calle oscura, andamos con cien ojos y cruzamos de una acera a otra tratando de detectar sombras en los portales. En su libro *Mugging: You Can Protect Yourself*, el agente de policía Liddon Griffith recomienda a los que asisten a la última sesión de cine que tengan preparadas las llaves y que pasen por delante de su coche para asegurarse de que nadie se esconde en el asiento trasero. Griffith aconseja que se lleve siempre dinero suelto en el bolsillo y que nunca se abra el bolso o la cartera en público. Es peligroso llamar la atención mostrándose inquieto por la cartera o el bolso. Las mujeres no deben agarrar con demasiada fuerza sus bolsos, ya que si intentan darles el tirón y no se dejan, los ladrones pueden golpearlas. Por tanto, el consejo que da Griffith a las mujeres es que se entrenen un minuto al día para no aferrarse rígidamente al bolso si las atacan por sorpresa. Griffith también piensa que no está

de más que hombres y mujeres aprendan autodefensa. En algunas situaciones, la vida de una persona puede depender de su capacidad para dejar aturrido al atacante. Griffith insta a los habitantes urbanos para que aprendan la forma de agarrar por detrás las piernas de un atacante, con el objeto de pellizcarlo con fuerza en la parte interior del muslo o estrujarle los testículos.

¿Están justificados todos estos temores? En 1973, el organismo denominado Law Enforcement Assistance Administration inició una serie anual de estudios sobre la *incidencia de la delincuencia* con la cooperación de la Oficina del Censo. La Oficina entrevista a unas 60.000 personas dos veces al año para descubrir si han sido víctimas de la actividad delictiva durante un período determinado. Los estudios sobre la incidencia de la delincuencia indican que hay más de cuatro millones de víctimas de asaltos al año, un millón de víctimas de robos personales (sin incluir a los que sufren el hurto en establecimientos comerciales), 145.000 víctimas de violación o intentos de violación, y 150.000 víctimas de «tirones». Estas encuestas no ofrecen información sobre homicidios (por razones obvias), pero según el Informe Global sobre delincuencia que elabora anualmente el FBI, se cometen unos 20.000 homicidios al año. (Los criminólogos consideran que ésta es una de las estadísticas más exactas sobre crímenes, puesto que los agentes encargados del cumplimiento de la ley rara vez pasan por alto un asesinato.)

Se puede ver la gran cantidad de delitos violentos que se cometen en los Estados Unidos comparando los índices de delincuencia estadounidenses con los de otras sociedades industriales avanzadas. Utilizando únicamente las cifras del FBI y teniendo en cuenta sólo los delitos denunciados a la policía, se comprueba que en los Estados Unidos se cometen proporcionalmente 5 veces más homicidios, 10 veces más violaciones y 17 veces más robos que en el Japón, y 7 veces más homicidios, 12 veces más violaciones y 8 veces más robos que en Gran Bretaña. Estas diferencias siguen siendo igual de grandes si se efectúa la comparación entre ciudades. Londres y Tokio, por ejemplo, tie-

nen índices de violencia delictiva bastante más bajos que ciudades norteamericanas menos populosas, como Chicago, Filadelfia o San Luis.

¿Se pueden explicar estas diferencias sobre la base de los diferentes métodos de denunciar los delitos? Los japoneses y los británicos poseen unos sistemas de justicia penal centralizados a nivel nacional que reciben notificación directa de todos los delitos denunciados, mientras que en los Estados Unidos hay quince cuerpos distintos encargados del cumplimiento de la ley que elaboran sus propias estadísticas para enviarlas posteriormente al FBI. Por lo tanto, las cifras británicas y japonesas serán si acaso más exactas que las del FBI.

Otra cuestión que hay que esclarecer es si el índice de violencia delictiva en Estados Unidos ha aumentado. ¿Estamos realmente inmersos en una «ola de delincuencia»? El Informe Global sobre Delincuencia del FBI indica que el índice de robos aumentó en más de un 500% desde 1945 a 1975, mientras que en las dos últimas décadas el índice de todos los «delitos violentos» —asesinatos, violaciones, robos y asaltos con agravantes— aumentó a un ritmo casi la mitad de rápido. Las cifras más recientes del FBI muestran que después de un breve descenso en 1975, el índice había reanudado su briosa subida, con un 13% de incremento entre 1978 y 1979. Sin embargo, algunos expertos insisten en que no hay realmente ninguna ola de delincuencia.

La mejor evidencia para este punto de vista es que los nuevos estudios sobre la incidencia de la delincuencia no muestran ningún incremento sustancial en el número de afectados entre 1973 y 1979. Puesto que está claro que la policía y el FBI han tenido noticia e informado de menos de la mitad de los delitos que realmente se han producido, el aumento anual en el referido índice de delincuencia del FBI podría reflejar tan sólo un aumento, bien en la disposición o capacidad por parte de las víctimas para denunciar los delitos, bien en la capacidad y disposición de la policía para investigar y registrar los actos delictivos. Pero los estudios sobre la incidencia de la delincuencia adolecen de ciertos inconvenientes y limitaciones. En pri-

mer lugar, el hecho de que no se iniciasen hasta 1973 significa que no se pueden utilizar para contrastar las estadísticas del FBI relativas a una parte crucial del período de la posguerra. En segundo lugar, hay que considerar los informes del FBI en cuanto al aumento del índice de criminalidad como datos fiables debido a las razones ya mencionadas. Tercero, parte de la discrepancia entre los datos que aportan los estudios sobre incidencia de la delincuencia y los del FBI pueden tener algo que ver con el hecho de que no se incluye a los niños menores de doce años en el muestreo de incidencia. Ahora bien, una proporción importantísima de los recientes incrementos en la violencia delictiva puede corresponder a ataques sufridos por menores de doce años por parte de adolescentes. Aunque es posible, por tanto, que el aumento de la violencia criminal de que informa el FBI se deba en parte a haber ahondado en el cúmulo de crímenes que anteriormente no se detectaban o no se denunciaban, no hay justificación alguna para atribuir *todo* el referido incremento a estadísticas aberrantes. Después de todo, aunque se redujese a la mitad el índice de aumento que propone el FBI, se seguirían teniendo razones legítimas para afirmar que los Estados Unidos vienen padeciendo una ola de delitos violentos desde 1945.

Hasta ahora el argumento se ha ocupado principalmente de dos puntos engañosamente sencillos: Norteamérica, en comparación con otros países industrializados, tiene un nivel extraordinariamente alto de ciertas clases de delitos violentos, y el nivel de los mismos ha estado aumentando rápidamente desde 1945. ¿Cómo se explica esto?

El hecho de que los delitos violentos sean más frecuentes en los Estados Unidos que en países como Japón y Gran Bretaña pone en entredicho varias teorías populares sobre la delincuencia en este país. La primera afirma que la violencia delictiva es simplemente una manifestación inevitable del modo de producción capitalista. Esta teoría no tiene en cuenta el índice particularmente bajo de delincuencia de Japón y Gran Bretaña (por no mencionar Holanda y Suiza, que tienen uno de los índi-

ces más bajos del mundo), que también son países capitalistas. La segunda teoría sostiene que el delito violento en los Estados Unidos es, sencillamente, consecuencia de la urbanización. Esta teoría también resulta claramente inadecuada, ya que tanto Gran Bretaña como Japón están altamente urbanizados. En 1979 hubo 279 veces más robos, 14 veces más violaciones y 12 veces más asesinatos en la ciudad de Nueva York que en Tokio, que es la ciudad más grande del mundo.

La comparación entre el índice de delitos violentos de los Estados Unidos y de otros países también desautoriza la idea popular de que tenemos un índice muy elevado porque se es «demasiado blando con los delincuentes». Esta idea le resulta muy atractiva al público porque apunta a una solución relativamente sencilla al problema: construir más cárceles y llenarlas. Por desgracia, no hay manera de relacionar los índices relativamente altos de delincuencia de los Estados Unidos con una correspondiente falta relativa de castigo para los delitos. En los Estados Unidos se encuentra encarcelado (por delitos no políticos) un mayor porcentaje de la población que en cualquier otro país del mundo. En 1978 la tasa de encarcelamiento era de más de 200 reclusos por cada 100.000 habitantes, lo que representa dos veces y media la tasa de Gran Bretaña y cinco la de Japón. Si hubiera que sacar alguna conclusión de estas cifras, sería que el alto índice de los Estados Unidos viene determinado por la tasa particularmente alta de encarcelamiento que caracteriza al sistema de justicia penal norteamericano. Y esto no es tan inverosímil como a primera vista parece. La teoría de que las cárceles provocan delincuencia tiene sus seguidores. Algunos dicen que son «escuelas de delincuencia», de las que los internos salen estigmatizados de por vida y donde aprenden a convertirse en «duros».

Pero no es sólo lo que los delincuentes encuentran dentro de las cárceles lo que les inclina a cometer delitos; también influye lo que encuentran al salir. Sin cambiar ambos extremos de la ecuación, la abolición de las cárceles no aboliría la conducta delictiva. Al contrario, si las puertas de las mismas se abrieran de

repente de par en par, se produciría un aumento masivo en la criminalidad. ¿Quién puede dudarlo?

Si se acepta la referida escalada de los índices de delincuencia como indicador genuino del aumento de ésta, varias teorías populares sobre las causas de los delitos violentos en los Estados Unidos se vuelven menos creíbles. Son las teorías de la «cultura» o «carácter nacional» que sostienen que las tradiciones de ilegalidad y violencia se iniciaron en Norteamérica durante la época de la colonización y la frontera, convirtiéndose en una herencia nacional permanente. La «tradición» a lo mejor podría explicar por qué el índice de violencia delictiva de Norteamérica es más alto que el de Inglaterra o Japón, pero difícilmente puede explicar por qué es más alto hoy que en 1945. Si las cifras del FBI significan algo, allá por el año 1945 el índice de delitos violentos en los Estados Unidos no era muy diferente del que existe hoy en día en Japón e Inglaterra. La tradición no puede explicar algo que ha cambiado tan rápidamente; lo que se modifica tan bruscamente no puede ser evidentemente una tradición.

Pero hay otro argumento de carácter tradicional que se debe tomar más en serio. La Constitución norteamericana garantiza a los ciudadanos el derecho a llevar armas, y esto les ha permitido a los delincuentes obtener armas de fuego con más facilidad que sus colegas de países como Japón e Inglaterra. Puesto que es más fácil matar a alguien con una pistola que con otras armas, el alto índice de homicidios indudablemente refleja, hasta cierto punto, los 50 millones de pistolas y rifles que, según se estima, posee, legal e ilegalmente, el pueblo norteamericano. Se puede ver claramente que es más probable que la violencia debida a disputas de celos y conflictos personales tenga consecuencias mortales en los Estados Unidos que en los países en que está prohibido el uso y tenencia de armas de fuego. Y el hecho de que desde 1945 haya habido un constante incremento en la cantidad de armas de fuego disponibles puede dar cuenta de gran parte del aumento del índice de homicidios. Pero no es tan clara la influencia que haya podido tener el aumento de la can-

tidad de armas de fuego en manos de particulares en el creciente índice de robos y violaciones. En la mayoría de este tipo de delitos no se utilizan armas; y cuando sí se utilizan, lo más probable es que sean cuchillos o palos. Dicho sea de paso, es menos probable que se produzcan lesiones durante una violación o robo si los delincuentes utilizan pistolas en vez de cuchillos, tal vez porque las víctimas no están tan dispuestas a presentar resistencia.

¿Por qué es entonces más alto el referido índice en los Estados Unidos que en otros países capitalistas industrializados? ¿Y por qué ha crecido tanto desde la Segunda Guerra Mundial? Creo que la respuesta a estas preguntas estriba en el hecho de que Norteamérica ha desarrollado una particular subclase racial, compuesta de millones de negros e hispanos pobres que viven en guetos urbanos. Las condiciones de los guetos del centro de la ciudad* brindan tanto el motivo como la oportunidad para una conducta delictiva violenta, y el crecimiento de estos guetos coincide con el aumento en los índices de delincuencia urbana.

Los Informes Globales sobre delincuencia del FBI muestran que alrededor del 43% de los delincuentes detenidos por delitos violentos son negros, raza que constituye el 11% del total de la población. Hay dos categorías cruciales de estos delitos —homicidios y robos— en las que los negros aventajan a los blancos a nivel nacional, incluyendo las áreas rurales y urbanas. Pero la desproporción se ensancha en las ciudades, donde es mayor la incidencia y el temor al delito violento. Un estudio sobre detenciones que se llevó a cabo en 17 grandes ciudades norteamericanas de todas las regiones del país bajo los auspicios de la Co-

* En las grandes ciudades norteamericanas, los guetos donde viven las minorías étnicas están situados, por lo general, en las antiguas zonas residenciales del centro, que estas minorías han ido ocupando (con el subsiguiente deterioro de edificios y servicios), mientras que los blancos de clase media y alta se han ido desplazando a amplias zonas residenciales situadas en los suburbios. (N. del R.)

misión Presidencial sobre Causas de la Delincuencia y la Prevención de la Violencia indicaba que la «raza de los delincuentes» era negra en el 72% de los casos de homicidio, en el 74% de los de agresión con agravante, en el 81% de los de robo sin armas y en el 85% de los de atraco a mano armada.

Ahora bien, ¿reflejan los estudios basados en los registros de los departamentos policiales la proporción real de delincuentes negros o simplemente un prejuicio generalizado en contra de éstos? Según algunos estudiosos, la diferencia total en los índices de detención de blancos y negros puede significar simplemente que cuando los negros cometen un delito hay más probabilidades de que las víctimas llamen a la policía y de que ésta responda, encuentre a los delincuentes y los detenga. Con la introducción de las encuestas sobre la incidencia de la delincuencia, creo que esta interpretación ha perdido buena parte de su credibilidad. La comparación de los datos sobre delincuencia del FBI con los estudios sobre la incidencia indica que la desproporción entre los índices de blancos y negros puede estar inflada, a lo sumo, en un 10% en lo que respecta a agresiones y violaciones. Pero para los robos, las dos series de datos convergen. (Los homicidios, como se ha indicado antes, no se pueden estudiar con los informes sobre incidencia.) Con arreglo a una estimación conservadora, alrededor del 62% del total de los culpables de robo son negros. En proporción a su representación en la población total, la probabilidad de que los negros cometan un delito de robo es ¡14 veces superior a la de los blancos!

Esto significa que, en buena medida, la manifiesta discrepancia entre los índices de delincuencia de los Estados Unidos y los de otros países se puede achacar a la importantísima proporción de delitos violentos imputables a los negros. Si se descuentan los cometidos por negros, los índices de delitos violentos de Norteamérica se acercan mucho más a los de otros países. Por ejemplo, mientras que el índice nacional de robos es ocho veces superior al de Inglaterra, el de robos cometidos por blancos sólo es tres veces superior. Del mismo modo, aunque el índice global de homicidios en los Estados Unidos es cinco ve-

ces superior al de Japón, el de homicidios cometidos por blancos sólo es dos veces superior.

Bien es verdad que aun así quedan diferencias sustanciales, pero es que el índice de delincuencia de los blancos se basa en datos que clasifican a los hispanos como blancos. En muchas ciudades de los Estados Unidos, los hispanos constituyen una subclase étnica que presenta índices de delincuencia en aumento y que tiene las mismas motivaciones y oportunidades para cometer delitos violentos que las que se aprecian entre los negros. Si se restara el índice de delincuencia de los hispanos del índice de delincuencia blanca total, se obtendrían cifras bastante más cercanas a las de Japón y Gran Bretaña, países que no albergan una subclase racial o étnica tan grande y que viva en condiciones comparables a las que se dan en los guetos del centro de las ciudades norteamericanas. (Además, el reciente aumento de los índices de delincuencia en Gran Bretaña corre parejo con la extensión de los guetos raciales y étnicos habitados por inmigrantes procedentes de la India y las Antillas.)

El argumento ha llegado ahora al punto en que es necesario explicar el alto índice de violencia delictiva entre los negros y, en menor medida, entre los hispanos. No es la raza, sino la pobreza desesperada y el desempleo crónico lo que proporciona la clave. Durante la Segunda Guerra Mundial y los años posteriores, los negros de los Estados Unidos emigraron en número sin precedente desde las granjas a las ciudades en busca de trabajo en las fábricas. Pero lo que encontraron fue una economía en rápida transición de la producción de bienes a la de servicios e información. Hoy en día, más de la mitad de los negros de Norteamérica viven en ciudades importantes, y más de la mitad de éstos —alrededor de siete millones y medio de personas— reside en los núcleos interiores más sucios y deteriorados de las mismas. Durante los años setenta, mientras el número de blancos que vivían en la pobreza en el centro de las grandes ciudades descendió un 5%, el número de negros que vivían en parecidas condiciones aumentó un 25%.

Oficialmente, la tasa de desempleo de los negros se mantiene en un 12%. Pero esta cifra sólo incluye a las personas que buscan activamente un puesto de trabajo. No incluye a los negros que tienen empleos de tiempo parcial pero que desean obtener un empleo de jornada completa; ni tampoco a los que han dejado de buscar trabajo porque no podían encontrar nada aceptable. Si se añaden los desempleados encubiertos a los parados oficiales, la tasa se eleva al 25% (comparado con el 12% de los blancos, calculado sobre la misma base). Pero aun así esto es sólo la punta del iceberg. Ronald H. Brown, miembro de la Liga Urbana Nacional, calcula que más de la mitad del total de los adolescentes negros están sin empleo; y en guetos como Harlem el porcentaje de parados entre los jóvenes negros puede alcanzar el 86%.

Mi opinión es que cientos de miles de negros sin empleo, sobre todo jóvenes negros para quienes el fracaso se perfila como una condena para toda su madurez y como una sentencia a miseria perpetua, eligieron el delito violento como una solución a la desesperación y el resentimiento crónicos que deben soportar.

Debo hacer referencia a un cuerpo de opinión académica que sostiene que la pobreza en general tiene poco que ver con el alto índice de violencia delictiva de los Estados Unidos y que el desempleo y la pobreza de los negros no son suficientes en sí mismos para explicar los índices de delincuencia extraordinariamente altos que se dan en el seno de este grupo étnico. Sin duda alguna, si uno se limita a comparar dichos índices por estados o ciudades, se aprecia que aquellos en los que hay bajos ingresos per cápita no tienen necesariamente los más altos. Pero la pobreza de los guetos negros es diferente de la que padecen los blancos que viven en el campo o de la de la generación anterior de etnias urbanas. A diferencia de los pobres rurales, los negros de los guetos del centro de la ciudad tienen tanto la oportunidad como el motivo para cometer delitos violentos. La ciudad es el sitio ideal para encontrar y sorprender a las víctimas y escapar con éxito de la policía. Difícilmente se puede

atracar a un granjero en un campo de maíz y esperar salir airoso. Por añadidura, y a diferencia de los inmigrantes europeos de las generaciones anteriores, con el paso del tiempo los negros se han ido concentrando más, y no menos, dentro de sus guetos. La lección de las cuatro décadas transcurridas desde 1940 es que sólo un porcentaje muy reducido de los negros nacidos en el centro de la ciudad llega a ganar el suficiente dinero como para participar en el sueño norteamericano.

Bajo estas condiciones, los beneficios de la conducta delictiva compensan ampliamente los riesgos de ser detenido y enviado a la cárcel. John Conyers, miembro del Comité Negro del Congreso, escribe: «Cuando está en juego la supervivencia, no hay que extrañarse de que la actividad delictiva empice a parecerse a una oportunidad en vez de a un riesgo, a un trabajo en vez de a una desviación, y a una empresa posiblemente rentable que vale más que una existencia coartada bajo la férula de los burócratas de la ayuda social». Para muchos jóvenes negros, delincuencia y carrera profesional no son cosas opuestas. La delincuencia es su carrera. Me parece que ésta es la principal razón de que el 70% de los negros que ya han sido encarcelados en una ocasión vuelva a ingresar en prisión, como mínimo, otra vez más.

Los que han convertido las calles de los barrios céntricos de las ciudades norteamericanas en tierras de nadie no son degenerados patológicos con una pasión innata por la violencia y el crimen. ¡El atraco es su profesión! El sociólogo Robert Lejeune descubrió que el típico atracador inexperto estaba tan aterrado como la víctima. Pero después de unos cuantos golpes, los asaltantes empiezan, si no a eliminar, por lo menos sí a dominar su miedo.

Un salteador callejero contaba que a medida que iba dando golpes se sentía cada vez más tranquilo, hasta el punto de que cuando veía un «pavo» podía acercársele como si nada y decirle: «Venga, dame el dinero». Otros explicaban que el asalto callejero pronto se convierte en algo rutinario, en una parte «normal» de sus vidas: «No tengo "guita". Bueno, pues me lo puedo

hacer con ese tío. Vamos a trincarlo». Los salteadores aprenden a identificar qué tipo de víctimas pueden llevar algo de dinero y no crearles excesivos problemas. (Los delincuentes de Lejeune no negaban el hecho de que muchas, si no la mayoría, de sus víctimas son mujeres y ancianos desvalidos.) Uno de ellos se jactaba de que su «negocio» se había vuelto tan fácil que podía contar con «cobrar» el viernes como si fuera un día normal de paga.

Desde el punto de vista de la víctima, estos delincuentes parecen utilizar la fuerza de manera caprichosa, pero ellos afirman seguir ciertas directrices profesionales, ajustando su modo de ataque a su percepción de la fuerza y valor de la víctima. Sea o no una racionalización, los salteadores insisten en que la violencia es algo que la mayoría de las víctimas se buscan como consecuencia de su oposición a su manera de ganarse la vida. Al explicar por qué se puso violento cuando un «pavo» no cooperó y no le dio la cartera, un «sirlero» dijo: «Creo que tenía derecho; era lo justo».

Varios estudios han mostrado que, para la nación en conjunto, los índices de delincuencia tienden a subir y bajar con los índices de desempleo. En una intervención ante el Subcomité sobre Delincuencia de la Cámara de Representantes, el profesor de la Universidad Johns Hopkins, Harvey M. Brenner, testificó que cada incremento del 1% en el índice global de desempleo producía un aumento del 6% en el número de robos y de un 4% en el de homicidios. Aunque el trabajo de Brenner es importante para demostrar la relación causal entre paro y delincuencia, su método no puede explicar totalmente el aumento de los delitos violentos desde la Segunda Guerra Mundial. El desempleo entre los varones negros de los barrios céntricos siempre ha sido alto, sobre todo durante los períodos de recesión. El porcentaje de varones negros sin empleo no ha cambiado tan drásticamente desde la Segunda Guerra Mundial. Lo que sí ha cambiado es que prácticamente todos los negros sin empleo se concentran ahora en las ciudades. Mientras que antaño un 25% de negros sin empleo significaba doscientos o trescientos mil

hombres desesperados que vivían en guetos arruinados, hoy en día el mismo porcentaje significa dos o tres millones.

Los norteamericanos de más edad que hablan con añoranza de los buenos tiempos cuando se podía dormir en los parques de la ciudad durante las calurosas noches de verano y utilizar el transporte público con tranquilidad o pasear por las calles de la ciudad avanzada la noche, no exageran el contraste entre entonces y ahora. Incluso durante la Gran Depresión, los parques, calles, metros y autobuses (o tranvías) eran mucho más seguros que hoy en día. ¿Por qué? Porque hasta entonces los negros sin empleo sólo constituían un pequeño porcentaje de la población de las principales ciudades. La mayoría de los parados urbanos eran blancos que creían que había «un arco iris en el cielo justo a la vuelta de la esquina» y que pronto volverían a trabajar en buenos empleos. Hoy en día, los negros desempleados de los barrios pobres saben por amarga experiencia que para ellos lo único que hay en el horizonte son tormentas. La elección de la delincuencia como profesión no se hace de hoy para mañana. Exige años de desempleo y desesperación crónicos.

Si hasta ahora el razonamiento es correcto y es el desempleo de los negros lo que explica en su mayor parte la gran ola de delincuencia que viene azotando a las ciudades norteamericanas desde la Segunda Guerra Mundial, entonces la siguiente pregunta que hay que responder es por qué los negros siguen padeciendo un desempleo crónico. Pero antes de tratar de responder a este interrogante y mostrar cómo se relaciona el paro entre los negros con los cambios en la naturaleza del trabajo y la composición de la fuerza de trabajo, permítaseme hacer algunas observaciones admonitorias. Los sociólogos y criminólogos liberales dedican un esfuerzo considerable a tratar de refutar o minimizar la relación entre raza y delincuencia. Para no avivar las llamas del fanatismo racial, algunos periódicos y agencias de noticias han omitido toda mención a la identidad racial de un delincuente en sus informaciones. Al igual que la anterior prohibición de recoger los datos para la elaboración de censos y estadísticas laborales por separado para negros y blan-

cos, estos esfuerzos son bien intencionados pero contraproducentes. Minimizar la participación de los negros (o hispanos) en el delito violento contribuye a enmascarar el verdadero precio que Norteamérica está pagando por el racismo, el desempleo crónico y el deterioro de los barrios céntricos de sus ciudades.

Al sacar a la luz los hechos sobre los índices de delincuencia de los negros, hay que señalar que, en proporción, los mismos negros son víctimas de delitos violentos con más frecuencia que los blancos. Por ejemplo, un negro pobre tiene una probabilidad 25 veces mayor que un blanco rico de ser víctima de un robo con lesiones, y la razón entre víctimas de homicidio negras y blancas es de 8 a 1. De hecho, el homicidio es la causa principal de muerte entre los varones negros de quince a veinticuatro años de edad. Mueren más varones negros por homicidio que por accidentes de automóvil, diabetes, enfisema o neumonía. Dos de cada cinco niños negros varones nacidos en una ciudad norteamericana no llegarán a los veinticinco años. Ahora, volvamos a la pregunta de por qué ha resultado tan difícil reducir el desempleo negro.

Aunque muchos expertos coinciden en que existe una relación entre el desempleo crónico de los varones negros del centro de la ciudad y los altos índices de delincuencia, todavía se comprende mal la razón de estos altos índices de paro. Algunos culpan a los propios negros de su fracaso a la hora de encontrar empleo. Opinan que sí que hay puestos de trabajo, pero que los negros no los quieren. Pero como descubrió el antropólogo Elliot Liebow en su clásico estudio sobre los negros «de la calle» en Washington, D. C.: «El hecho más importante es que un hombre que desea y está en condiciones de trabajar no puede ganar el dinero suficiente para vivir él, su esposa y uno o más hijos. Las posibilidades de que un hombre trabaje con regularidad sólo son buenas si está dispuesto a trabajar por menos de lo que necesita para vivir y a veces ni siquiera eso».

En los últimos tiempos ha provocado mucha confusión la idea de que el paro de los negros se puede achacar más a la fa-

milia negra que a la estructura del mercado del trabajo. Se dice que las familias negras del gueto son inestables, porque la cabeza de un alto porcentaje de ellas es una mujer, sin marido que viva en casa. En ciudades como Chicago y Washington, D. C., más de la mitad de los alumbramientos por parte de mujeres negras tienen lugar fuera del matrimonio. El niño negro varón crece, pues, sin un padre que tenga un empleo estable. Al carecer de un «modelo de rob» apropiado, los jóvenes negros abandonan la escuela y emprenden una carrera de delincuencia y crimen. Daniel Moynihan siguió esta línea de razonamiento para llegar a su controvertida conclusión de que la forma de resolver los problemas de los barrios pobres era dedicarse a conseguir que los jóvenes del gueto pudiesen llevar una vida familiar estable.

El problema que plantea esta idea es que no nos dice por qué una mujer negra del centro urbano tiene menos probabilidades de casarse y vivir con el padre de sus hijos que una blanca. Es verdad que una parte desproporcionada de las familias «sin padre», centradas en la madre, es negra. Pero ¿sufren los negros estos altos índices de desempleo porque tienen tantas familias sin padre u ocurre precisamente todo lo contrario? En mi opinión, es el desempleo lo que provoca que haya familias sin padre, y no al revés.

Numerosos estudios antropológicos han mostrado que las familias sin padre, centradas en la madre, se dan allí donde los hombres tienen dificultad para encontrar empleos estables y las mujeres pueden ganar tanto o más que ellos. Si es frecuente que los hombres no tengan trabajo, y que aporten muy poco al sustento familiar cuando lo tienen, a una mujer que tiene sus propios ingresos no le compensa comprometerse en matrimonio con un hombre para siempre. Le irá mejor si mantiene abiertas sus opciones y acepta consortes masculinos en aventuras temporales, permitiéndoles vivir con ella cuando hacen aportaciones suplementarias a la unidad doméstica y echándoles cuando se convierten en una carga.

Pero esto parece llevar a otra adivinanza: ¿Por qué siguen teniendo niños las mujeres negras del centro de la ciudad en estas

circunstancias tan desfavorables? ¿Por qué la tasa de natalidad extramatrimonial es seis veces mayor entre las mujeres negras que entre las blancas? Si aplicamos la teoría que relaciona el descenso de la fecundidad con los costos y beneficios de la crianza de los hijos en las ciudades, tal como se ha expuesto antes en este libro, a primera vista parece que no se pueden explicar racionalmente las causas de que la tasa de natalidad extramatrimonial y la incidencia de las familias negras centradas en la madre sigan siendo tan altas. De aquí que muchos supongan que existe algo en la herencia racial o cultura de los negros que les induce a tener hijos ilegítimos y formar unidades domésticas matrifocales (centradas en la madre). Algunos antropólogos solían afirmar que las familias negras matrifocales eran una «supervivencia» de las tradiciones culturales africanas, mientras que historiadores y sociólogos buscaban la causa en la esclavitud, y no en la tradición cultural, ya que los propietarios de esclavos separaban a los maridos de sus esposas y fomentaban la promiscuidad. Los estudios recientes tienden a refutar estos primitivos puntos de vista. La familia matrifocal, característica de los guetos del centro de la ciudad, no es ni una tradición africana ni un producto de la esclavitud. El historiador Herbert Gutman ha mostrado que lo que predominaba en realidad entre los negros norteamericanos durante el período de la esclavitud era la familia centrada en la pareja y que la regla en las comunidades tanto rurales como urbanas después de la Guerra Civil también era la familia de este tipo. En el campo, las familias campesinas negras no estaban antaño más centradas en la madre que las familias campesinas blancas. Y en las ciudades, los padres negros que trabajaban como mecánicos, pintores de brocha gorda, carpinteros, fontaneros y en otro oficios ganaban lo suficiente como para mantener a la típica familia estable basada en un varón proveedor. La pauta de familias matrifocales sólo se desarrolló a raíz de la gran ola de inmigración europea, cuando los varones negros comenzaron a perder sus empleos debido a las prácticas racistas de contratación.

¿Cuál es, pues, la explicación del hecho de que el número de familias encabezadas por solteras de raza negra aumentara un 257% en los años setenta y de que el número de nacimientos extramatrimoniales lo hiciera en un 50%? Creo que la respuesta radica más en las peculiaridades del sistema estadounidense de programas de ayuda social que en las supuestas peculiaridades raciales o culturales de las personas de ascendencia africana. Pero no se trata de los programas sociales en general, sino del programa federal extraordinario denominado Ayuda a Familias con Hijos Dependientes o, para abreviar, AFDC (Aid to Families with Dependent Children.) Desde el final de la Segunda Guerra Mundial, este programa ha ejercido una influencia crucial no sólo en la conformación de la organización de la familia negra, sino también en la de la forma de vida en su totalidad de los barrios céntricos. Se puede incluso decir que a través de la AFDC el gobierno federal da el visto bueno tanto a la familia sin padre característica del centro urbano como a la práctica de la delincuencia como solución a los problemas de desempleo de los negros. Voy a intentar explicar esto.

Con un presupuesto anual de unos once mil millones de dólares, la AFDC es el programa social gubernamental más amplio destinado a personas no incapacitadas que viven en los barrios céntricos. Oficialmente, su principal objetivo es «mantener y fortalecer la vida familiar». Más de la mitad de los tres millones y medio de familias que reciben prestaciones de la AFDC en forma de subvenciones para vivienda y pagos en metálico son negras o hispanas.

La AFDC ha sido cuidadosamente diseñada por políticos y expertos en programas sociales para impedir que se convierta en un plan de ingresos garantizados para las familias no incapacitadas a cargo de un padre que se encuentra crónicamente sin empleo. Se teme esta situación porque supondría quitarle los incentivos a los norteamericanos sanos para que busquen trabajo. La primera salvaguardia que se proyectó para evitar que la AFDC se convirtiera en una limosna permanente para la familia consistió en la famosa regla de «ningún hombre en

casa». El 96% de los beneficiarios de AFDC son familias sin padre. Si el padre de un niño se instala con la familia, cesan los pagos, presuponiéndose que ese hombre cumplirá con sus responsabilidades de proveedor. Si cualquier otro hombre se instala con la familia y cohabita con la madre, también cesan los pagos, ya que el gobierno estaría subvencionando entonces una conducta inmoral, que en nada ayuda al mantenimiento y fortalecimiento de la vida familiar. Teóricamente, la regla de «ningún hombre en casa» debería disuadir a mujeres y hombres de utilizar la AFDC como un medio de mantener relaciones sexuales y criar hijos a costa del gobierno.

La segunda salvaguardia para que la AFDC no sea un sustituto permanente de los salarios ganados con un trabajo consiste en que las prestaciones se fijan por debajo de los ingresos propios del nivel de pobreza. Una madre que percibe la AFDC obtiene un estipendio para sí y para cada hijo más una asignación para los costos de la vivienda. Además, la mayoría de las familias acogidas a la AFDC recibe automáticamente prestaciones en forma de cupones para la alimentación. Contando estos cupones y descontando la asignación para la vivienda, una familia de cuatro personas acogida a la AFDC en un nivel de prestaciones altas vendrá a obtener unos ingresos máximos disponibles de unos 4.250 dólares de 1980. De esta suma se necesitarán 3.500 dólares para satisfacer un nivel mínimo de nutrición, sin «lujos» superfluos, quedando tan sólo 750 dólares en metálico para todos los demás gastos no médicos que se realizan a lo largo del año, incluidos gastos domésticos, ropa, material escolar, juguetes, transporte, muebles, cine, mantas, jabón, pasta de dientes y otros artículos personales.

A pesar de la regla, humillante y punitiva, del «ningún hombre en casa» y de lo exiguas que son las prestaciones en metálico, el número de mujeres de los barrios céntricos acogidas a la AFDC o que intentan estarlo ha aumentado incesantemente. De hecho, parece que la AFDC, lejos de erradicarlas, lo que ha conseguido es fomentar en dichos barrios el desarrollo de familias matri-focales que viven de la limosna estatal. ¿Por qué? ¿No

se encontrarían en mejor situación estas mujeres si practicasen un estricto control de la natalidad, no se quedaran embarazadas y no percibieran la AFDC?

No necesariamente. La AFDC, con todos sus inconvenientes y humillaciones, se presenta como la mejor solución dentro de lo malo. Optar por una carrera de madre acogida a la AFDC proporciona a las mujeres de los barrios céntricos pobres unos ingresos que al menos resultan suficientes para alquilar un apartamento. Esto no sólo les asegura que tendrán una vivienda, sino que les da una considerable ventaja en las relaciones interpersonales, en especial con los hombres de estos barrios, que a menudo no tienen ni dónde dormir. Además, las mujeres que perciben la AFDC tienen automáticamente derecho a asistencia médica gratuita, lo que constituye un incentivo adicional para intentar conseguirla (no obstante, no es mi intención incluir las facturas médicas al calcular los ingresos de una familia acogida a la AFDC como hacen algunos economistas para demostrar que estos subsidios son demasiado elevados: una familia no puede comerse una factura médica, aunque ya esté pagada). En un medio de inestabilidad y carencia de recursos, la AFDC es una especie de hucha perpetua, un recurso vital que hace que las mujeres y la maternidad se conviertan en el eje de todo. Los hombres de los barrios pobres respetan a las mujeres que poseen estos recursos y compiten entre sí para obtener sus favores. Y al tener hijos con ellas, adquieren un derecho sobre el cobijo que las mujeres controlan. Como ha mostrado la antropóloga Carol Stack en su estudio sobre un gueto negro del medio Oeste, las mujeres que perciben la AFDC tienen un círculo sorprendentemente amplio de parientes basado en los lazos que surgen de sus sucesivas aventuras. Estos lazos de parentesco ofrecen a las mujeres acogidas a la AFDC una seguridad e influencia adicionales y personas a las que recurrir en caso de emergencia.

Pero el factor decisivo en el balance entre costos y beneficios de la maternidad protegida por la AFDC es la imposibilidad de aplicar la regla de «ningún hombre en casa». Si las mujeres acogidas a la AFDC tuvieran que depender únicamente

del estipendio legal oficial para vivir y mantener a sus hijos, creo que pronto dejarían el negocio de los bebés protegidos. Pero como todo asistente social sabe, casi todas las mujeres del gueto que perciben la AFDC cuentan con los ingresos suplementarios de maridos encubiertos, consortes masculinos corresidentes o anteriores consortes con los que han tenido hijos. Pasemos ahora a explorar la conexión con la delincuencia.

En un singular estudio, la antropóloga Jagna Sharff descubrió que todas las madres de un grupo de 24 familias hispanas residentes en el Lower East Side neoyorquino que percibían la AFDC tenían algún tipo de consorte masculino. Muy pocos de los hombres que vivían en la casa familiar tenían empleos regulares de jornada completa, pero incluso los parados contribuían de alguna forma a pagar los gastos de la comida y el alquiler vendiendo artículos robados, comerciando con marihuana o cocaína, y cometiendo ocasionalmente algún atraco o robo. Algunas mujeres tenían más de un consorte mientras que otras obtenían dinero y regalos mediante relaciones que poco se diferenciaban de la prostitución.

Otro factor en la columna de beneficios de la maternidad protegida por la AFDC es que el presupuesto para los gastos de la casa en los barrios pobres es mayor de lo que indicarían los ingresos declarados. Los hijos de las familias que perciben la AFDC suelen ser expertos rateros y muchas familias hacen buenos negocios como consecuencia de la circulación de artículos robados. Además, a diferencia de los hijos de la clase media, los de los barrios bajos empiezan a tener ingresos propios a una edad temprana y cuando llegan a la adolescencia ya no son una carga para sus madres. En los primeros años de la adolescencia pueden hacer aportaciones sustanciales al balance económico familiar con lo que sacan de los delitos callejeros y la venta de droga. Por añadidura, proporcionan un importante beneficio a sus madres en forma de protección contra el riesgo de violaciones, asaltos y otras calamidades a las que continuamente están expuestas las familias de los guetos.

Sharff halló que las madres del AFDC valoran a los hijos por sus habilidades callejeras de *macho*, en especial su destreza en el manejo de cuchillos o pistolas, necesarios para proteger a la familia de vecinos revoltosos o depredadores. Aunque las madres no incitaban directamente a sus hijos para que entraran en el comercio de la droga, todo el mundo reconocía que un traficante de droga que prosperase podía convertirse en un hombre muy rico. Para triunfar en el negocio de la droga se necesitan las mismas cualidades de *macho* que hacen falta para la defensa de la propia familia. Cuando un joven lleva a casa los primeros beneficios que ha obtenido de la droga, las madres experimentan sentimientos mixtos de orgullo y aprensión. Al tener los jóvenes de los guetos un 40% de probabilidades de morir antes de los veinticinco años, una madre ha de tener más de un hijo si espera disfrutar siempre de la protección de un varón que conozca las artes de la calle. En su muestra de familias acogidas a la AFDC, Sharff compiló este registro de homicidios masculinos en un período de tres años entre 1976 y 1979:

<i>Edad de la víctima</i>	<i>Causa inmediata de muerte</i>
25	Muerto por arma de fuego en un incidente relacionado con drogas.
19	Muerto por arma de fuego en una pelea en una tienda de ultramarinos.
21	Muerto por arma de fuego en un incidente relacionado con drogas.
28	Apuñalado en un incidente relacionado con drogas.
32	«Suicidio» en una comisaría de policía.
30	Apuñalado en un incidente relacionado con drogas.
28	Intoxicación por heroína adulterada.
24	Víctima de un incendio provocado.
24	Muerto por arma de fuego en un incidente relacionado con drogas.
19	Torturado y apuñalado en un incidente relacionado con drogas.

Las muchachas de una familia que percibe la AFDC también hacen su aportación. Como no suelen ocupar su tiempo asistiendo regularmente a la escuela, pueden cuidar de los niños más pequeños, hacer la compra y limpiar la casa. Y a los dieciséis años se pueden quedar embarazadas y solicitar la AFDC por su propia cuenta, añadiendo el estipendio de su propio hijo a los ingresos de la familia, y perpetuando así la «dinastía» matrifocal de su madre y abuela. De este modo, pese a la meticulosa planificación con que se diseñó la AFDC, el programa ha conseguido que ocurra exactamente lo que pretendía impedir: la formación de familias centradas en la madre que viven de la limosna estatal y que suplen sus déficits de ayuda social tolerando o estimulando la delincuencia adulta y juvenil.

De lo dicho no se debe concluir que todas las familias que perciben la AFDC se ajusten a la pauta descrita por Sharff. Para algunas madres, la AFDC representa simplemente una fuente de ingresos de emergencia a la que pueden recurrir en alguna ocasión especial, como después del divorcio o la separación, en tanto encuentran un trabajo y solucionan el cuidado de los niños. Pero varios millones de mujeres de los barrios céntricos, en su mayoría negras e hispanas, utilizan la AFDC no como un apoyo temporal, sino como una fuente regular o recurrente de subsistencia. Un fuerte núcleo de estas mujeres —estimado por los sociólogos Martin Rein y Lee Rainwater en unas 750.000—, perciben la AFDC hasta doce años seguidos. Y un número mucho mayor de mujeres de los barrios céntricos siguen la pauta de acogerse y dejar de percibir la AFDC según entran y salen del mercado de trabajo entre sucesivos embarazos.

Creo haber mostrado que no son las familias matrifocales de los barrios peores las que causan el desempleo, la dependencia de los programas sociales y la delincuencia en el centro de la ciudad, sino que son el desempleo y el hecho de depender de los programas sociales las causas de que aparezca este tipo de familia, con la delincuencia que conlleva, en los guetos del centro de la ciudad. Pero todavía hay que explicar por qué siguen siendo tan altas las tasas de desempleo masculino en los barrios pobres.

Desde el punto de vista holístico de este libro, la cuestión más importante en lo que atañe a la delincuencia y el desempleo entre los varones negros es que, durante la Segunda Guerra Mundial y la inmediata posguerra, se produjo una emigración negra sin precedentes desde las granjas a las ciudades en busca de trabajos de fábrica retribuidos con salarios pactados por los sindicatos. Esto no fue en modo alguno un movimiento voluntario, puesto que coincidió con el final de la época de las pequeñas granjas y con los últimos estadios de la industrialización de la agricultura. Pero fue precisamente durante este mismo período cuando se produjo el gran cambio de la producción de bienes a la de servicios e información. Esto provocó un masivo apiñamiento de trabajadores negros sin empleo dentro de los núcleos ruinosos de las principales ciudades de la nación.

¿Por qué no se recurrió a este gran ejército de trabajadores no cualificados para que tomaran parte en la explosiva expansión de la nueva economía centrada en el proceso de personas e información? Porque, como ya sabemos, el crecimiento de la economía de servicios coincidió con, o más bien se basó en, la reconversión masiva de la fuerza de reserva que representaban las mujeres, que pasaron de producir bebés y servicios en el hogar a producir servicios e información fuera de él. Pienso que el hecho de que se prefiriera incorporar a las mujeres blancas, en vez de a los hombres negros, al único sector del mercado de trabajo que se ha expandido durante los últimos cuarenta años da cuenta de las perspectivas particularmente sombrías de la subclase negra e hispana en los Estados Unidos, en comparación con las experiencias de las etnias europeas a principios de siglo. Ni con todos los programas de «acción afirmativa», de tipo Head Start, CETA*, etc., se puede compensar el efecto de-

* «Acción afirmativa» (*affirmative action*), concepto que se emplea en los programas que pretenden combatir la discriminación por razones de raza, sexo o credo; *Head Start*, conjunto de programas encaminados a incentivar el rendimiento escolar de los niños de familias pobres; *CETA*, programa social que facilita empleos temporales a personas en paro. (N. del T.)

primente que produce sobre las perspectivas de los varones negros la explosiva entrada de trabajadoras baratas de raza blanca en el sector de los servicios y la información del mercado de trabajo. Las mujeres blancas que buscan trabajo en este sector gozan de una decisiva ventaja competitiva sobre los varones de color. Muchas de ellas poseen títulos escolares o universitarios; hablan el inglés estándar en vez del inglés de los negros, y tienen menos problemas emocionales en cuanto a trabajar en una posición subordinada respecto de varones blancos que ejercen como patronos y supervisores. Aunque puede que los empresarios blancos tengan prejuicios contra la contratación de mujeres, siempre tienen muchos más a la hora de contratar negros. Las desastrosas consecuencias, para los hombres de color, de la afluencia de amas de casa blancas a los empleos de este sector se ponen claramente de manifiesto en las estadísticas sobre el empleo en el sector privado de la economía. A medida que aumenta el número de mujeres blancas que ocupan puestos de trabajo en el mismo, se va desplazando a los negros, que pasan a depender cada vez más del gobierno para su contratación o engrosan directamente las filas del paro. Entre 1974 y 1977, mientras la proporción de nuevos empleos del sector privado otorgados a mujeres aumentó en un 72%, la correspondiente a los hombres de color disminuyó en un 11%.

Las mujeres, al intensificar su lucha por alcanzar la igualdad con los hombres en todos los niveles de la fuerza de trabajo, no sólo están reduciendo las perspectivas que puedan tener los negros de encontrar trabajos sin porvenir como empleados, secretarios, vendedores de perritos calientes y encargados de estacionamientos de servicio, sino que también están erosionando rápidamente los progresos que alcanzaron los negros durante los años sesenta al conseguir buenos empleos situados en niveles medios de dirección. Robert Goldfarb, asesor de «acción afirmativa», informa que las empresas privadas han dado recientemente un giro en el sentido de favorecer la promoción de las mujeres blancas en mayor medida que la de los hombres de color. Los empresarios «se sienten más cómodos promocionando

a las mujeres blancas», «dedican más atención y esfuerzo al reclutamiento y entrenamiento de mujeres» y son «impacientes con los subordinados negros». En la actualidad, al verse obligados a ceder de algún modo ante los requisitos de «acción afirmativa», la mayoría de los empresarios prefiere promocionar a una joven blanca que tenga un título de la *Ivy League**, antes que a un varón negro de más edad, con una formación poco sólida y que encima está resentido.

Buscando el modo de cumplir, pese a su creciente frustración, con los objetivos de «acción afirmativa», algunos ejecutivos blancos intensificaron el reclutamiento y adiestramiento de mujeres blancas. Los mismos hombres que hasta hace poco ignoraban o entorpecían la promoción de las mujeres empezaron a ver en ellas una oportunidad de alcanzar los objetivos de contratación sin tener que tratar con negros. Con una ambición desbordante, las mujeres aprovecharon este apoyo. Como consecuencia de ello, los varones negros se vieron excluidos de esta competencia por unas oportunidades de promoción, adiestramiento y empleo que cada vez eran más reducidas.

Uno de los efectos más devastadores de la expansión del número de amas de casa blancas que trabajan es la disminución del porcentaje de familias negras en que tanto el marido como la esposa tienen empleo. Antes de la era de la liberación de la mujer, había, en proporción, más familias negras que blancas con dos sueldos (no porque las mujeres negras estuvieran «liberadas», sino porque los salarios de sus maridos eran muy bajos). Pero según Robert Hill, director de investigación de la Liga Urbana Nacional, desde 1967 «la ola de incorporación de las mujeres blancas a la fuerza de trabajo ha traído consigo que las familias blancas muestren, por primera vez, un porcentaje de asalariados más alto (55%) que las familias negras (46%)». La

* *Ivy League*, denominación que se da a un grupo de universidades de gran prestigio académico y social. (N. del R.)

consecuencia de este hecho, aparte del creciente distanciamiento entre los ingresos de las familias blancas y negras, ha sido que cada vez proliferen más las familias negras matrifocales en los guetos de los barrios céntricos. Y esto se debe a que en cuanto los varones negros dejan de trabajar, las mujeres ya no los valoran como maridos o padres potenciales; y al mismo tiempo, los hombres dejan de valorar el matrimonio como un objetivo factible o deseable. Las familias de un solo progenitor centradas en la mujer en modo alguno son aberrantes o patológicas; pero el hecho irrefutable es que estas familias tienden a ser dos veces más pobres que las familias con padre y madre. Sin quererlo, las mujeres blancas, al responder a su propio imperativo económico, arropado en la retórica de la liberación sexual, contribuyen a apretar los tornillos del cepo que oprime al gueto. Y en este sentido, en la medida en que la pobreza de los guetos entra en el cálculo que empuja a los jóvenes negros a emprender la carrera del crimen, se puede decir que la liberación de la mujer ha sido su cómplice silencioso.

Algunos objetarán que el incremento del número de mujeres blancas que buscan empleos no guarda relación alguna con la trama causal que liga a los negros con los crecientes índices de delincuencia, puesto que los tipos de empleo que normalmente ocuparon las mujeres blancas eran empleos que, de todas formas, los negros de los guetos ni habrían deseado ni hubieran podido ocupar. Puede que esto ocurra con los puestos de secretaria y mecanógrafa, pero no así con los millones de empleos de la Administración pública y la venta al por menor, ni tampoco con los de contable, cajero, empleado, recepcionista, maestro o auxiliar de médicos y dentistas. Al responder a estas ofertas de empleo, las mujeres blancas impiden que se produzca un reclutamiento a gran escala de varones negros, ya que al disminuir el empleo en el sector industrial, no queda otro ámbito de la economía al que la juventud negra pueda recurrir.

También se equivocan los que afirman que las mujeres blancas nada tuvieron que ver con la alta tasa de abandono escolar y

el analfabetismo funcional de los varones negros. La falta de interés que muestran los jóvenes negros por adquirir los requisitos educativos necesarios para desempeñar empleos de «cuello blanco» y la correspondiente falta de interés que de hecho se aprecia en las autoridades educativas por orientar a los estudiantes negros hacia trabajos de oficina tienen mucho que ver con el hecho de que ya se disponga de un gran número de mujeres blancas bien acreditadas deseosas de ocupar el primer puesto que se les ofrezca. Si estas mujeres se hubieran quedado en casa, la demanda de trabajadores de servicios e información se podría haber traducido en el desarrollo de una orientación de los varones negros hacia los trabajos de oficina y en una mejora en la enseñanza de las aptitudes necesarias para estos empleos en las escuelas de los guetos. Y precisamente el hecho de que no haya habido una demanda de varones negros con la debida formación en el sector de «cuello blanco» ha sido la causa de que a éstos les pareciera algo totalmente superfluo e inútil obtener un título de estudios.

Supongo que estas observaciones serán mal interpretadas y que se me acusará de afirmar que las mujeres blancas son la causa del desempleo de los negros. Por supuesto, mi propósito no es éste. El paro en los Estados Unidos es un problema estructural relacionado con el cambio tecnológico, el desarrollo de los oligopolios y la continua sustitución de la mano de obra por máquinas. Las mujeres no son responsables de los cambios en la economía que ponen a los negros en una situación de desventaja. Tanto ellas como los negros son igualmente víctimas, aunque de diferentes maneras, de la inflación. No, lo que yo quiero poner en claro es sencillamente que los problemas de Norteamérica no se pueden comprender de forma fragmentaria. No basta con que tomemos conciencia de la difícil situación de las mujeres como amas de casa sin salario y secretarias mal pagadas. Al ayudar a las mujeres a encontrar una igualdad de oportunidades en el mercado de trabajo, ¿no debemos también tomar conciencia de los hombres que están en el fondo del montón? Si no resolvemos el problema de la subclase negra e

hispana, no veo cómo puede haber una liberación de la mujer en los Estados Unidos, salvo que se considere como una forma de liberación pasarse la vida detrás de puertas atrancadas y ventanas enrejadas por el constante temor a que te asalten o te violen.